

do, y de que te has dignado hacerme dispensador, que la esperanza anima mi pecho y sobrepuja á los temores que de cuando en cuando me asaltan sobre mi eterna salvación. Esta confianza es tanto más grande, cuanto te has servido sazonar tus beneficios con la amarga salsa de la tribulación, de las penas, de las humillaciones, de los peligros, de los oprobios. Pero en medio de las contrariedades no has permitido que se abata mi espíritu ni se doblegue mi cuerpo, y aquí me tienes, Señor, después de treinta y tres años de infatigable actividad, todavía activo, todavía vigoroso, y dispuesto, si Te place, á librar tus sagradas batallas, como en los días de mi juventud. Hágase en mí, Señor, tu santísima voluntad. A falta de méritos, pongo por intercesores ante tu excelsa Majestad, á mi glorioso patrono San Gregorio Magno, á mi augusto Consagrante, el Pontífice de tu Inmaculada Madre. Que ellos te transmitan á mi nombre la súplica que en otro tiempo te dirigiera San Martín: Si mis servicios son útiles aún al pueblo que me has encomendado, no me asusta la fatiga, no aspiro al descanso, no pretendo substraerme al trabajo: *si adhuc populo tuo sum necessarius, non recuso laborem.*



PANEGÍRICO

DE SAN BENITO ABAD, PRONUNCIADO EN LA IGLESIA
DE SAN JUAN DE DIOS, DE MÉJICO,
EL 21 DE MARZO DE 1904.



*Ero quasi ros, Israel germinabit sicut lilium.....
Ibunt rami eius; et erit quasi oliva gloria eius.
Ose. XIV, 6, 7.*

Seré como rocío, Israel brotará como el lirio
Se difundirán sus ramas, y su gloria será como la
del olivo.

GL gran Patriarca de los Monjes de Occidente, es apenas conocido en esta parte del hemisferio Occidental. Familiares son las escenas de la vida de Francisco de Asís é Ignacio de Loyola, de Felipe Neri y Domingo de Guzmán, y aún no se ha olvidado la triple aparición de la Virgen de las Mercedes. Hasta los más ignorantes en geografía conocen la situación de la Alvernia y la historia de la Porciúncula; pero cuán pocos han oído hablar de Subiaco ó del Monte Casino. Cuando en los días de nuestra infancia recorríamos los claustros de los conventos, aún no derribados; la imagen de Felipe, visitando las siete iglesias ó jugando con los niños; la de Francisco, despojándose de sus vestiduras ante el Obispo, ó revolcándose sobre las zarzas para ahuyentar una tentación, nos

eran tan conocidas como los retratos de nuestros padres, y el contemplarlas formaba nuestra delicia. ¿Pero dónde vimos á Benito, luchando de igual suerte con el tentador, descolgando en su cueva el pan semanal de la cuerda que sostenía Romano, conversando santamente con Escolástica, ó desenmascarando al enviado de Tótila? Es que sus hijos vinieron tarde á la Nueva España, y casi no había ya memoria de su estancia entre nosotros, cuando este indigno siervo vuestro, escalando las alturas de Santo Domingo de Silos, tuvo la fortuna de arrancar de sus ramas unas hojas del árbol allí transplantado, y echarlas á volar en medio de los vientos que nos agitan.

Es cierto que con Cristóbal Coló vino un miembro de la numerosa familia Benedictina; pero el gran Almirante, sin rival como descubridor, no había sido agraciado por el cielo con el dón de gobernar á los hombres, y el que debió haber sido el primer Apóstol del Nuevo Mundo, cedió su misión á otras órdenes, que juntamente con el amor á la Iglesia, sembraron la admiración hacia sus respectivos fundadores. Y sin embargo, estas grandes instituciones, sean cuales fueren el objeto ó la tendencia particular de cada una y la época más ó menos cercana en que surgieron, no son, si bien se mira, más que ramas tan fructíferas como olorosas, de ese grande árbol que á Benito, como primer venido, cupo en suerte plantar. Jesucristo mismo arrojó la simiente de los consejos evangélicos. El gran Patriarca fué como el rocío, que á la mañana subsiguien-

te á la ascensión, hizo germinar, á guisa de azucena, la delicada flor que más tarde se había de trocar en árbol frondoso: *ero quasi ros, Israel germinabit sicut liliium*. Con el transcurso de los siglos, y conforme á las necesidades de la Iglesia en las diversas épocas, fueron multiplicándose sus ramas, y de su fecundidad asombrosa, nacieron frutos diversos de santidad, de ciencia, de heroísmo; pero sin que pereciera ó se secara el tronco original: *ibunt rami eius et erit quasi oliva gloria eius*.

A daros á conocer el tronco de este árbol fecundo, oculto hasta ahora entre sus frutos y sus ramas; á levantar un poco el follaje, y dejaros ver las raíces profundas que lo sostienen, se reduce mi misión en este día. Os hablaré un poco de la vida de Benito; algo de su inextinguible progenie espiritual.

Roguemos á la Virgen Santísima que interceda por nosotros.

AVE MARÍA.

I

De familia *ingenua*, como llamaban los romanos á aquellas en que no había habido esclavos, y gozaban, por tanto, de las prerrogativas de la hidalguía, nació Benito hacia fines del siglo V. Su patria fué Norcia, ciudad del Ducado de Espoleto, el nombre de cuya cabecera os es hoy familiar, por ser la Sede que rige el Representante Pontificio. También el inolvidable Pío IX fué su Arzobispo; y hace poco más de cuarenta años se hizo célebre por la gloriosa resistencia que en sus muros opuso á los enemigos de la Iglesia, el valiente ejército del Papa-Rey.

Difícil es formarse una idea exacta de aquella época extraña, que presenta, no obstante, muchos puntos de semejanza con la nuestra. Los siglos de persecución habían pasado. La religión cristiana, en vez de ser un estigma, era la que abría el camino á la estimación y á los honores; y esto mismo había entibiado el fervor de los que la profesaban. No era ya la sociedad de los fieles esa reunión de hermanos, que tanto había asombrado á los gentiles; y bien sea porque unos no se habían despejado por completo del hombre viejo, bien sea porque otros habían vuelto á adoptar inconscientemente las

costumbres de los paganos, el caso es que un joven timorato no se encontraba ya á gusto en un círculo en que peligraba su inocencia. Tal acaeció, por lo menos, á Benito cuando sus padres lo enviaron á estudiar á Roma; y aquellas escuelas, más de corrupción que de letras, lo asustaron al grado que resolvió abandonar las aulas y retirarse al desierto.

No le fué difícil llevar á cabo su propósito. La vida monástica y eremítica acababa de transplantarse del Oriente, y ya en Italia empezaban á surgir imitadores de Basilio y de Antonio, de Pablo y de Pacomio. Halló, pues, á pocas leguas de Roma, un maestro consumado en el monje Romano, y una cueva inaccesible en las fragosidades de Subiaco. Paréceme mirarlo en el fondo de aquella caverna, extenuado con las vigiliass y los ayunos y cubierto de pieles que lo asemejaban á fiera alimaña. Allí se nos presenta, *scienter nesciens*, como dice su panegirista San Gregorio Magno, sabiamente entregado á la ignorancia de las letras profanas; pero dotado de ciencia infusa y de esa divina sabiduría que no habría adquirido en la escuela por él abandonada, *sapienter indoctus*.

Tres años dura su austero noviciado; tres años en que llega al colmo de la perfección, y sube á tal punto su virtud, que á guisa de nardo odorífero, esparce en derredor sus suavísimos perfumes. Al aspirarlos unos cuantos monjes congregados en la no lejana Vicovaro, lo sacan de su cueva, y lo constituyen, mal de su grado, maestro y abad del naciente monasterio.

¡Misterios del corazón humano! ¿Quién obligaba á estos mancebos á abandonar el mundo? ¿Quién los forzaba á ir á sacar de su soledad al desconocido anacoreta para ponerlo al frente de su congregación? Si querían seguir llevando la vida libre y licenciosa del mundo, ¿á qué trasladar sus pasiones reconcentradas al fondo de un claustro? Si se habían cansado de la regularidad monástica, ¿qué ley humana los retenía entonces (como sucede ahora entre nosotros) en la clausura?

Pero ese *querer y no querer* simultáneamente de que habla Salomón, *piger vult et non vult*, es una enfermedad del alma, más común de lo que parece, y que se ceba principalmente en los que aspiran ó han aspirado á la perfección. Cansados muy pronto del austero gobierno de Benito, resuelven sus nuevos súbditos deshacerse á toda costa del fastidioso Abad. San Gregorio nos narra el milagro que descubrió la inicua trama. Presentaban á Benito el acostumbrado vaso de vino aguado en el refectorio, y al hacer la señal de la cruz sobre la copa, se rompe en mil pedazos el cristal y se derrama sobre la mesa el adulterado líquido, que no era sino letal brevaje, destinado á causarle la muerte.

Esto es lo que nos cuentan las historias. Pero antes de recurrir á este extremo atentado, ¡cuántas veces no esgrimirían contra el Santo el cuchillo de la maledicencia, de la calumnia, del ultraje! Así es que el ofendido Abad los convoca, y echándoles en cara suave-

mente su nefando crimen, se despide de los falsos monjes, y sacude de su tosca sandalia el polvo del relajado monasterio.

¿Qué haces, oh Benito? ¿No ves que el mundo va á juzgarte mal, y á marcarte con el estigma de voluble, de inconstante, de apóstata? No ves que dará, como acostumbra, la razón á la mayoría, y proclamará á voces que tú no supiste acomodarte á la vida claustral, que tú no tuviste tacto para gobernar á tus súbditos, que á ti fué á quien pesó la austeridad monástica?

En nada de esto repara el desengaño cenobita, y se encamina meditabundo á su querida Subiaco, pensando en que es preciso dictar una regla, que contenga en su cauce la vida monástica, y ponga coto á los desmanes de la inconstante juventud. Desde este instante; como juzgan los santos que escribieron la vida de Benito, data la fundación de los monjes en Occidente. Esta fué la hora matutina en que se formó la gota de rocío, á cuyo contacto había de germinar á guisa de lirio la numerosa falange de monjes y de frailes, de todos colores y de todas categorías, destinada á sostener y á ilustrar la Iglesia de Cristo, hasta la consumación de los siglos.

En breve aquella cueva, cuya entrada sólo podía alcanzar el monje romano con el cabo de la cuerda larguísima á que ataba la provisión del pan para su solitario habitante, se convirtió en el centro de doce monasterios, cada uno con doce monjes dirigidos por

un superior. El que **antes** había tomado el aspecto de fiera, se hizo dulce y **accesible** al trato de los hombres, y empezó á recibir no sólo á varones que aspiraban á la perfección, sino á **niños** de las familias patricias, entre ellos á Plácido y á **Mauro**, á cuya educación se consagraba sin vacilar. **Pero** también ese lugar sagrado, y ese siervo de Dios, **que** tanto tino tenía para atraer y gobernar á los **hombres**, se convirtieron en blanco favorito de los asaltos **de** Satanás. Hubo atentados contra la vida del Abad; **pero** á esto ya estaba acostumbrado Benito. Hubo **otros** contra la disciplina monástica; y éstos sí lo **asustaron** y aun lo obligaron á levantar el campo. Inicuo **emisario** del infierno, introdujo una legión de cortesanas **al** cercado huerto del monasterio, á corromper la **inocencia** de los jóvenes cenobitas. Increíble parece tamaña **maldad**, y sin embargo, la vemos repetirse con **frecuencia** en nuestros días. A falta de monasterios, las **saetas** del enemigo de las almas se dirigen contra las **peregrinaciones**. He visto temblar á los directores **de** las romerías á Jerusalén, al solo pensar en las **asechanzas** que se tienden á los ministros del Señor, á **su** paso por Egipto. He visto temblar al Cardenal **Arzobispo** de París, al precaver á los sacerdotes forasteros **contra** las redes que á tantos envuelven en aquella **metrópoli**. Por último, ¿lo diré? tiemblo yo mismo, **cuando** vienen á Guadalupe mis provincianos jóvenes **levitas**, demasiado inexpertos para guardarse de los **peligros** de una ciudad populosa.

Con razón huyó **Benito** de Subiaco y buscó un

nuevo refugio en las asperezas del Monte Casino. Allí fué donde acabó de redactar su famosa regla, de que ha dicho competente varón, que es el rey de los libros, así como la rosa es la reina de las flores.

Ut rosa flor florum sic est liber iste librorum.

Allí fué donde el dón de profecía con que lo había agraciado el Señor, resplandeció á los ojos del universo al visitarlo en aquella soledad el Rey de los Godos. No se ha dicho de Tótila que la yerba no volviese á nacer donde su caballo había puesto las plantas; pero poco le faltó para merecer, como Atila, tan punzante diatriba. En medio de su temerario valor y de su espíritu sanguinario, conservaba algún resto de religiosidad, ó si se quiere, de superstición, y al atravesar la Campania en una de sus devastadoras excursiones, quiso ver al varón santísimo, de quien se decía que había resucitado más de un muerto, sanado muchos enfermos incurables, salvado á muchos milagrosamente de la miseria. Pero antes quiso probar si era en verdad profeta, como lo pregonaba la fama, y si sabía leer en los corazones.

Grande fué el asombro de los monjes al ver inesperadamente trepar por aquellas asperezas y penetrar en el monasterio á arrogante guerrero seguido de escolta tan brillante como numerosa. Su bruñida armadura está medio cubierta por un manto de púrpura, y el dorado yelmo ostenta en la cimera regia corona.